El Gato que deseaba ser amado

De Mi Libro de Cuentos

En una granja perdida entre colinas verdes, donde el aroma a heno fresco se mezclaba con el canto de los gallos al amanecer, nació una camada de gatitos. Entre ellos, uno era diferente: su pelaje era negro como la noche más profunda, con destellos azulados cuando la luz del sol lo rozaba. Mientras sus hermanos jugaban bajo la atenta mirada de los humanos, a él lo observaban con recelo, murmurando entre dientes: —¡Ese gato trae mala suerte!

Los otros gatitos, de colores cálidos y patrones atigrados, eran acariciados y alimentados con trozos extras de pescado. El pequeño gato negro, Azabache, en cambio, recibía miradas frías y, a veces, hasta piedras lanzadas para ahuyentarlo. Por las noches, se acurrucaba solo en el granero, escuchando los ruidos del bosque cercano, donde los grillos cantaban una melodía que parecía llamarlo. Una mañana, decidió escapar.

Con el corazón latiéndole fuerte, corrió hacia el bosque, donde los árboles ancianos extendían sus ramas como brazos protectores. Al principio, todo era desconocido: el crujir de las hojas secas bajo sus patas lo asustaba, y los ojos brillantes que lo observaban desde la oscuridad lo hacían temblar.

Pero pronto descubrió que el bosque estaba lleno de vida. Los conejos jugueteaban entre los arbustos, los pájaros tejían sus nidos en las copas de los árboles, y los insectos dibujaban círculos en el aire dorado del atardecer. Sin embargo, no todos lo recibieron con amabilidad. Los animales del bosque susurraban entre sí: —¡Es pariente del temible puma negro! Algunos lo evitaban, otros lo atacaban sin razón.

Una tarde, mientras se refugiaba de la lluvia bajo un roble, un búho de plumas grises y ojos dorados lo observó desde una rama. —Los prejuicios son como sombras —dijo Ulises, el búho, con voz grave—. Solo existen porque alguien decidió temer a la oscuridad sin entenderla. El gato negro inclinó la cabeza, curioso. —¿Y cómo hago para que dejen de temerme?

El búho extendió sus alas. —La noche trae regalos para quienes saben esperar. Si ves una estrella fugaz, pide un deseo… pero elige sabiamente. Días después, bajo un cielo tachonado de estrellas, Azabache vio una luz brillante cruzar el firmamento. Con el corazón lleno de esperanza, susurró: —Quiero cambiar de color.

En ese instante, algo se movió entre los arbustos. De la oscuridad emergió Killa, el puma del que todos hablaban: su pelaje era negro como el carbón, sus ojos brillaban como lunas amarillas, y sus movimientos eran tan silenciosos como el viento. Azabache contuvo el aliento, esperando lo peor. Pero el puma se acercó con calma y dijo: —Los deseos no sirven para esconder quién eres, sino para revelar quién puedes ser. Azabache lo miró, confundido. —Pero todos me odian por mi color...

Killa se tumbó a su lado, mostrando sus cicatrices. —A mí también me temen. Pero los que se atreven a conocerme descubren que solo soy un guardián del bosque. Tú también tienes dones: cazas en la oscuridad, proteges a los más pequeños y tu corazón es puro. ¿Por qué cambiar eso? Azabache reflexionó. Tal vez el problema no era su pelaje, sino los miedos de los demás. Entonces, mirando otra estrella fugaz, pidió un nuevo deseo: —Quiero que todos aprendan a ver más allá de las apariencias.

Con el tiempo, algo cambió en el bosque. Los animales empezaron a acercarse a Azabache, descubriendo su amabilidad. Las liebres lo seguían para que las protegiera de los zorros, los pájaros le cantaban al amanecer, y hasta los humanos de la granja vecina dejaron de maldecirlo. Una noche, una niña se perdió en el bosque. Azabache la guió de vuelta a casa, y desde entonces, los aldeanos dejaron de creer en supersticiones.

Años después, Azabache, ahora anciano y sabio, se convirtió en una leyenda. Pero su mayor orgullo no eran las historias que contaban sobre él, sino haber entendido que la verdadera magia no estaba en cambiar su apariencia, sino en iluminar el corazón de quienes lo rodeaban. Y así, bajo la luz de la luna, el bosque entero aprendió que la belleza más brillante siempre nace desde dentro. Fin.